

A propósito del centenario de Lázaro Cárdenas

Fernando Carmona•

Tres centenarios

1995 es un año en el cual los latinoamericanos conmemoramos tres centenarios que incitan a reflexionar y que *Problemas del Desarrollo* no puede dejar inadvertidos. Me refiero a tres efemérides: los cien años de la muerte de José Martí, el visionario de *Nuestra América* quien sucumbiera en la guerra por la independencia de Cuba, y el siglo del natalicio de los generales revolucionarios Lázaro Cárdenas, el mexicano que más resalta en el siglo XX por su aporte a la transformación de nuestro país, quien falleció en octubre de 1970 —justo hace un cuarto de siglo— y el nicaragüense Augusto César Sandino, el inspirador de la más profunda revolución que haya triunfado en Centroamérica, asesinado por el primer Anastasio Somoza en 1934.

Sólo Cárdenas llegó a encabezar un gobierno revolucionario y alcanzó una larga vida. Martí y Sandino descollaron en el movimiento independentista y fueron los “dirigentes intelectuales” de muy posteriores revoluciones de Cuba y Nicaragua, mas no llegaron a ejercer el poder estatal y murieron en plena madurez (a edades en las que

• Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM. Investigador Nacional. Miembro de número de la Academia Mexicana de Economía Política.

Cárdenas era ya un ex presidente). De ellos, sólo Martí fue un brillante escritor, poeta, periodista que vivió su largo exilio en España, Estados Unidos, México y otros países de Nuestra América. Cárdenas, incorporado desde adolescente a la lucha armada y política en la fase más dramática del México en revolución, conoció profundamente su patria, mas sólo salió al extranjero hasta dos décadas después de concluida su Presidencia. Y como Sandino, quien residió en México un tiempo como obrero de la Huasteca Petroleum, fue un autodidacta con pocos años de escuela, forjado en la lucha.

Pero sobre las huellas de Bolívar, de Hidalgo, Morelos y Juárez, de Céspedes y Maceo, de Morazán, en su respectivo tiempo los tres hubieron de actuar frente al mismo enemigo: el expansionismo, el injerencismo de Estados Unidos, la naciente potencia mundial ya monopolista: frente al imperialismo como sistema (y con apellido: estadounidense, si bien ya en tiempos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, habría que volver a lo de "yanqui", a usar el gentilicio estadounidense). Los tres pensaron con cabeza propia, se dieron a sus pueblos, predicaron con el ejemplo y concibieron vías para el desarrollo independiente de su propia patria y de la Gran Patria latinoamericana.

Antes que nada fueron hombres de acción, cuyas reflexiones sobre su época y los hechos históricos en que fueron destacados actores, por fortuna bien documentadas, han sido y son obligada referencia empírica y base de teorizaciones pertinentes para la ciencia social latinoamericana, desde luego para la Economía Política. Su pensamiento y su obra van más allá de su genio, voluntad y coraje individuales; no son anécdota personal, pertenecen a sus pueblos; por ello tienen tanta vigencia en la hora presente de ofensiva neoliberal y entronizamiento universal de la derecha, cuando pese a la secular resistencia simbolizada por estos hombres, Estados Unidos, la hoy única superpotencia mundial, ha alcanzado muchos de los designios de su viejo «Destino Manifiesto», con vastos intereses enraizados hasta lo más profundo de nuestras naciones, compartidos con influyentes fracciones de las clases dominantes criollas y con amplias bases económicas, político-ideológicas y culturales de apoyo interno.

En lo que sigue quisiera hacer algunos breves señalamientos en torno a Lázaro Cárdenas, quien al morir hace 25 años nos dejó un rico legado, una prueba de la viabilidad histórica de una alternativa al orden imperante, con la vista puesta al futuro, cuya presencia en

la historia es más próxima, fresca y actual y constituye para los mexicanos un paradigma que alcanza la dimensión latinoamericana. Encaja plenamente con ideas de Martí y Sandino, hombres de la misma estirpe, como, entre muchas, éstas:

El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político [...] El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América [...] La unión, con el mundo, y no con una parte de él [...]

reiteraba desde Nueva York José Martí hace poco más de un siglo, cuando trabajaba febrilmente por la independencia cubana.¹

[...] el gran sueño de Bolívar está todavía en perspectiva [...] Yo no sé cuando podrá realizarse esto. Pero nosotros iremos poniendo las piedras. Tengo la convicción de que este siglo verá cosas extraordinarias...

escribía Augusto César Sandino desde las selvas de Las Segovias, donde se enfrentaba a la marinería de Estados Unidos cuatro décadas después.²

Caso único en nuestra historia

Muchos de nuestros próceres son también mártires, como Hidalgo y Morelos o, un siglo después, Flores Magón y Zapata, iniciadores revolucionarios inmolados sin llegar a poner a prueba su pensamiento desde el poder. No Juárez y Cárdenas, cuya grandeza es fruto de largas, consecuentes trayectorias, desde antes y sobre todo durante los años en que jefataron el Estado mexicano, en concretas circunstancias históricas entre las que median siete intensas décadas, de entrega a la defensa de la independencia de México hasta al extremo de su responsabilidad en el ejercicio del derecho nacional a la autodeterminación, al ideal de la democracia, a la construcción de una patria justa y unida donde imperara el derecho, su intransigente

1 Martí, José. "La conferencia monetaria de las repúblicas de América", en *Obras completas*, Tomo 6, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 160.

2 Tomado de Fonseca Amador, Carlos (recopilación). "Ideario político del general Augusto César Sandino", en Carmona, Fernando (selección, prólogo y notas), *Nicaragua: la estrategia de la victoria*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1980, p. 93.

oposición a la intervención extranjera y reclamo de igualdad jurídica entre los Estados.

Si cada gran personaje es único, la singularidad de la biografía de Lázaro Cárdenas está dada por su pensamiento y acción durante dos décadas de aprendizaje político, en los que alcanzó el grado de general a los 25 años —y del rango máximo de División a los 31—, fue gobernador de Michoacán, encabezó el recién fundado Partido Nacional Revolucionario y ocupó dos carteras de gobierno en tiempos en que Plutarco Elías Calles era el indisputado “Jefe Máximo de la Revolución” y, claro está, durante 1934–1940 en que fue Presidente y la Revolución Mexicana culmina con las intensas y grandes transformaciones del país durante su gobierno.

Pero, como un caso único en la historia mexicana —acaso con la excepción de Valentín Gómez Farías en el XIX—, remata esa personalidad su igual congruencia en los 30 años posteriores a su mandato presidencial que concluye a los 45. El régimen no puede prescindir de él, teme a su crítica y lo prefiere callado (“Esfinge de Jiquilpan”, le llama la prensa), trata de halagarlo y a veces lo escucha. Si bien Cárdenas, un político extraordinario conciente de su posición, es discreto, no deja de emitir sus opiniones y de actuar con independencia, fuera de los cánones oficiales u oficiosos, en momentos y sobre asuntos importantes. No se corrompe, no claudica de su convicción revolucionaria y socialista ni de su oposición a las cada vez más grandes concesiones al imperialismo. Y como resultado, en esta prolongada etapa última de su existencia, su prestigio nacional e internacional, a diferencia del de otros ex gobernantes, aumenta en vez de menguar y aun desplomarse abruptamente al concluir su gestión.

Este asunto merece unas palabras más. Aunque fiel al orden institucional surgido de la Revolución Mexicana y limitado por su condición de ex Presidente —autoimpuesta en alguna medida—, siempre en contacto con amplios grupos de campesinos y trabajadores, pone su prestigio y su trabajo en la defensa de la soberanía nacional durante la Segunda Guerra, en el desarrollo de las cuencas del Tepacaltepec y de El Balsas, en la denuncia de injusticias, en la creación de conciencia sobre los crecientes peligros que ya entrañaba la inversión extranjera y la concentración monopolista del capital, en las iniciativas nacionalistas como la que en 1958 reservó al Estado la petroquímica básica o la que condujo a fundar la siderúrgica de Las Truchas, en la solidaridad con las luchas emancipadoras de Nuestra

América, con las revoluciones de Guatemala y la que mantuvo hasta su último aliento con Cuba, y con los pueblos agredidos del mundo como Abisinia y España y años después el de Vietnam, en la promoción de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz y en su compromiso al crearse el Movimiento de Liberación Nacional en 1961, en el esfuerzo por el desarme nuclear y convencional y por la paz universal.

No se debe simplificar lo ocurrido después del gobierno cardenista, cuando las vías que la Revolución Mexicana roturó hasta entonces fueron obturadas por los intereses nacionales y extranjeros dominantes, y el país volvió a los antiguos caminos de creciente injusticia, antidemocracia, atraso relativo mayor y dependencia frente a las metrópolis del capital, cada vez más respecto a Estados Unidos. Pero pienso que la responsabilidad histórica de Cárdenas quedó a salvo y en cambio es mucho mayor la de otros actores: políticos, gobernantes, líderes «populares», negociantes e intelectuales acomodaticios. Él mismo señaló en distintas ocasiones:

A nuestra salida [del gobierno] dejé a los obreros organizados; a los campesinos también y la reforma agraria estaba en marcha. Los burócratas tenían el estatuto jurídico; el magisterio estaba organizado también y los miembros del ejército estaban incorporados al partido [al PRM]. ¿Era esto o no un instrumento para que el país continuara por el camino de la liberación? De lo que haya ocurrido me siento perfectamente limpio.³

Sea lo que fuere, la figura de Cárdenas se levanta en la historia como la más destacada del siglo XX mexicano, por el aporte de su gobierno a la transformación del país al liquidar obstáculos fundamentales para el desarrollo, no superados o engendrados por el Porfiriato, y también por sus inclaudicables posiciones avanzadas, desde el ala izquierda de la Revolución Mexicana, durante el resto de sus 60 años de vida política activa. Mucho antes de morir a los 75 años de edad es un referente patriótico y democrático para los sectores progresistas de México.

³ De la entrevista concedida a Roberto Blanco Moheno, consignada en el libro de éste, *Tata Lázaro*, publicado en los años cincuenta. Tomado de Rey Romay, Benito. “Lázaro Cárdenas: la imposición de la justicia para el desarrollo del pueblo”, en (F. Carmona, coordinador), *Vigencia del cardenismo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1990, pp. 32–33.

La síntesis de esas dos grandes etapas de su vida son las palabras escritas por su hijo, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, al editarse por la UNAM los *Apuntes* del divisionario michoacano poco después de que éste falleciera, para quien Lázaro Cárdenas representó

[...] a la Revolución Mexicana, fue su conciencia y su voz. Llegó a la situación en que los movimientos sociales de los pueblos encarnan en un hombre que los sintetiza por su origen, sus largos años de lucha y actuación recta, generosa, profundamente popular, por la orientación de todos los actos de su vida en función de una ideología y una actitud congruentes con las aspiraciones colectivas.⁴

Consecuente con “los intereses propios”

El periodo 1940–1970 es una etapa en la que la Revolución Mexicana dejó de ser la realidad de un proceso de choques políticos y sociales violentos, destrucción y construcción, energías acumuladas que explotan de súbito, riesgos internacionales y crisis que exigen decisiones nacionalistas enérgicas con la decidida participación popular, vivido de 1910 a 1940 y con especial vigor durante el renacer cardenista, en momentos en que el “movimiento telúrico” de 1910–1917 parecía desfallecer.

En estos tres decenios y en particular en 1934–1940, en el país fueron rotas algunas de las más importantes y anquilosadas estructuras porfirianas, se redistribuyó la propiedad y rescató gran parte de la que estaba en manos extranjeras (tierras, agua, petróleo, ferrocarriles, telecomunicaciones, banca), se creó una institucionalidad nacionalista propicia al desarrollo del capital y del mercado internos, se impulsó la organización y la movilización popular, se redescubrió y alentó la milenaria cultura nacional; se escribieron brillantes páginas en la defensa de la soberanía del pueblo mexicano y de todos los pueblos. Basado en sus fuerzas, el país avanzó: “*No debemos hacernos ilusiones de conseguir la prosperidad a base de intereses extraños; hemos de lograrla con los propios*”,⁵ afirmaba Cárdenas desde su campaña electoral. Y aunque, quedó implícito en la Constitución de 1917, se asignó

4 Cárdenas, Cuauhtémoc. “Introducción”, en *Lázaro Cárdenas, Obras. I. Apuntes 1913–1940*, Tomo I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, p. XVI.

5 Tomado de Rey Romay, Benito. *Op. cit.*, p. 16.

al Estado el papel central,⁶ en todo ese tiempo lejos se estuvo del estatismo ulterior, por más que, desde luego, las nacionalizaciones y promociones estatales cardenistas ensancharon entonces el sector público (Ferrocarriles Nacionales, Petróleos Mexicanos, Comisión Federal de Electricidad, bancos nacionales de Comercio Exterior, Ejidal, etcétera).

Es cierto que la obra cardenista de transformación revolucionaria quedó incompleta. Durante un tiempo México fue plenamente soberano en lo político y rescató su soberanía cultural, mas siguió aprisionado en el capitalismo del subdesarrollo, sin que la nacionalización de importantes recursos naturales y actividades llegara a liquidar la congénita dependencia estructural. No obstante, a partir de los años veinte el país restañó las heridas de la lucha armada y sorteó las consecuencias de la Gran Depresión, sin contraer nueva deuda exterior (excepto la documentada tiempo después, por las indemnizaciones de la expropiación petrolera cardenista), sin pagar la heredada del Porfiriato y sin depender de la inversión extranjera, que incluso disminuyó sustancialmente, con un comercio exterior superavitario y más diversificado por países, todo con tangibles beneficios para amplias capas sociales y un horizonte abierto para que la nación “continuara el camino de la liberación”, como Cárdenas pensaba.

A partir de 1941 y en especial de 1946, cuando el Partido Nacional Revolucionario (PNR), el partido oficial callista —reorganizado como Partido de la Revolución Mexicana (PRM) con Cárdenas— dejó de ser un instrumento imperfecto y no siempre democrático de los cambios revolucionarios realizados con la participación popular, para transformarse en el Partido Revolucionario Institucional (PRI), ahora un aparato estatal para el control político-ideológico, centralizado y corporativista, de las masas trabajadoras, de cooptación de disidentes, de creación de clientelas electorales, de corrupción e impunidad, de imposición de candidatos y de elecciones fraudulentas, de reformas jurídicas reaccionarias al son del pretendido «Constituyente Permanente» que es su hasta hoy inamovible mayoría en el Poder Legislativo

6 “Es fundamental ver el problema económico en su integridad [...] sólo el Estado tiene un interés general y, por eso, sólo él tiene una visión de conjunto. La intervención del Estado ha de ser cada vez mayor, cada vez más frecuente y cada vez más a fondo”, reiteraba Cárdenas desde su campaña presidencial. Discurso de toma de posesión el 1 de diciembre de 1934. *Palabras y documentos públicos de Lázaro Cárdenas. 1928–1979*, Vol. I, Mensajes, discursos, declaraciones, entrevistas y otros documentos. 1928–1940.

y su absoluto dominio del Judicial. Pero Cárdenas —aclaró cada vez que fue necesario— nunca ingresó al PRI.

El neoliberalismo realza su actualidad

Es indudable el desarrollo capitalista de México entre 1941 y 1981–1982, relativamente acelerado y sostenido, acompañado de una notable estabilidad política y social. Todo se hizo, demagógicamente, en nombre de “la Revolución Mexicana”, “la modernización del país”, “la soberanía y la independencia de la patria” y “el bienestar de los mexicanos”, aunque sin abandonar completamente las funciones del llamado “Estado Benefactor” y sin dejar de atender ciertas demandas y hacer reformas parciales en favor de sectores populares; pero lo que se alcanzó fue un desarrollo engendrador de la creciente dependencia estructural del país y del fortalecimiento de una más y más influyente oligarquía monopolista, de una industrialización deforme y desintegrada y una urbanización anárquica, de destrucción de valiosos recursos no renovables, de rezago del campo, de incapacidad para dar educación y empleo a la población joven que aumentó con gran rapidez, de bracerismo indocumentado y desprotegido a Estados Unidos (negociado y legal desde los años de la Segunda Guerra hasta 1964), y de desigualdad regional. También engendrador de antidemocracia, corrupción, devaluaciones monetarias, especulación e injusticia.

El país creció, como en ese tiempo los demás de Latinoamérica y la mayoría de los del “Tercer Mundo”, amparados por el floreciente capitalismo internacional de la posguerra. Pero desde entonces la acción estatal ha tenido un principal beneficiario: la burguesía fuera y dentro de los aparatos del Estado, cuyas fracciones decisivas se volvían más y más dependientes del capital internacional, en primer lugar del de Estados Unidos. La Revolución Mexicana fue cada vez más un distante eco. La de nuevo reforzada dependencia estructural de la nación se adobó como «interdependencia», «cooperación internacional» y «amistad con el poderoso vecino democrático»; y el hecho más trascendente del siglo XX mexicano, se convirtió en «revolución», estatista durante cuatro décadas en que aún podían advertirse “polvos de lejanos lodos”.

Fue patente la quiebra del desarrollismo estatista de esos 42 años, al fin sofocado en 1982 por déficit comerciales y presupuestales acumulativos, el pago de una deuda externa que aumentó exponencialmente hasta entonces, sobrevaluaciones del peso preludadoras de macrodevaluaciones, el impacto de la globalización financiera y la creciente transnacionalización del planeta. Luego, en los últimos lustros, la «revolución» devino “neoliberal”, negó los aspectos de la política económica y la acción estatal ahora llamada «populista» que durante el largo tiempo anterior se ostentaban como de la Revolución Mexicana. Las pálidas y gastadas invocaciones delamadridistas al “nacionalismo revolucionario” y a la “planificación democrática”, y salinistas al “liberalismo social”, chocaron con la realidad. No impidieron que la propia palabra «revolución» desapareciera del discurso oficial, excepto en las ceremonias casi luctuosas del gobierno actual de Zedillo (en ellas, siempre con mayúscula y sin comillas).

Los resultados son bien conocidos. La apertura de la economía al comercio y el capital transnacional productivo y especulativo ha sido ilimitada, amplísima la privatización y desregulación todavía en marcha y la reducción del gasto y la inversión estatal, así como de las tasas de empleo y salarios, etcétera. Las «proezas» del neoliberalismo están a la vista: la masa de capital extranjero que pesa sobre la economía nacional, invertida directa e indirectamente, en un 70% o más estadounidense, en 1995 —medida en dólares a precios corrientes— casi se triplicó respecto a 1982, es unas 30 veces mayor que la de 1970, cuando Cárdenas murió y 300 o más veces que en 1940, cuando su gobierno terminó;⁷ también se multiplicaron el comercio exterior, el turismo y el “gasto programable” presupuestal se niveló.

Pero desde los años treinta, nunca el crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) por habitante fue menor que en 1982–1995 y en cambio mayor el desempleo. Nunca la concentración del capital, la riqueza y el ingreso fueron mayores; nunca el país se desangró tanto con el pago de intereses y remesas de dividendos al exterior (unos 150 mil millones de dólares en este corto periodo); nunca fueron mayores los déficit externos (que en 1990–1994); nunca fueron más

7 Para la gruesa apreciación anterior se usan las estimaciones de la inversión extranjera directa e indirecta, para 1940 y 1970, consignadas por quien esto escribe en “La situación económica”, en Varios autores, *El milagro mexicano*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1973, 3a. Ed., pp. 73–74.

altas las tasas medias de inflación ni más grave la devaluación (de 3.60 pesos por cada dólar del tiempo de Roosevelt a más de 6 200, sin suprimir los tres ceros como en los “nuevos” pesos del secretario salinista de Hacienda, Aspe, por cada dólar «post Bretton Woods»); nunca creció tanto la propiedad y el control del capital estadounidense sobre el país, incluso sobre la política económica ahora supervisada directamente por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Tesoro de Estados Unidos, como una condición del “apoyo financiero” promovido por el presidente Clinton para el gobierno de Zedillo, quien inició su gestión con la quiebra del neoliberalismo en sus manos.

No de balde surgió la rebelión ciudadana electoral de 1988, precedida por las fuertes turbonadas de 1952 (henriquismo), 1958 (movimiento ferrocarrilero), 1968 (Tlatelolco), 1976 (devaluación y revuelta empresarial), 1982 (estallido definitivo del desarrollismo estatista, encubierto efímeramente por el “auge petrolero”). Por encima del convencional culto del régimen priista a Cárdenas, Zapata y otros próceres de nuestra historia, convertidos en estatuas y nombres de sitios público, desde 1988 en México se habla de “neocardenismo” y desde enero de 1994 de “neozapatismo”, y si bien en forma difusa entre las generaciones jóvenes, irritadas o en apariencia indiferentes, pero inconformes con lo que ha llegado a ser la vida nacional “norteamericanizada” y el angosto e incierto futuro que se les depara, se perciben los perfiles contrastante de los logros de la Revolución Mexicana, y de Lázaro Cárdenas, su realizador principal, uno de sus símbolos más conspicuos y a mi juicio el más completo.

Presente en la necesaria alternativa

Fruto de una realidad nacional e internacional que ya no volverá a ser la misma, por el fracaso del neoliberalismo y del hartazgo de la mayoría con décadas y décadas de simulación, fraudes, imposiciones, corrupción, impunidad que son inextricables de la arraigada cultura priista, agravados aún más por la actitud entreguista e irresponsable de no pocos tecnoburócratas neoliberales, ante la incapacidad del sistema para dar solución a ancestrales y nuevos problemas del pueblo y de la nación y abrir una perspectiva de desarrollo fincado en “los intereses propios” —como en un pasado sin duda irrepetible pero perteneciente al mismo ciclo que comenzó en 1910—, la demanda de

una estrategia y de políticas económicas alternativas al neoliberalismo brota de los más distintos sectores de la sociedad mexicana.

Con independencia de que algunos planteos y concretas acciones del gobierno cardenista, que tuvieron validez en un distinto marco internacional y nacional,⁸ no serían aplicables en el México de hoy —y de que nunca hay lugar para enfoques mecanicistas—, es indudable que Lázaro Cárdenas, su ejemplo y su trayectoria toda, son parte indisoluble de la construcción de una alternativa que responda a las necesidades de una nación soberana y un Estado atento al bienestar de las mayorías: sus concepciones patrióticas y nacionalistas, hundidas en la historia de México; sus objetivos democráticos de reivindicación del campesinado, las comunidades indígenas, los obreros y empleados, el empresariado que hoy se niega a convertirse en un modesto «executive» de alguna trasnacional; su convicción sobre las responsabilidades del Estado, del gobierno federal, estatal y municipal y de los Poderes de la Unión; su respeto a los derechos individuales y sociales en el espíritu original de la Constitución de 1917 (su gobierno no supo de presos ni de asesinatos políticos); sus posiciones sobre el papel de la educación, la investigación, la capacitación técnica, la cultura nacional como creación del pueblo, abierta a lo universal y a las expresiones refinadas del arte y la ciencia; su profunda latinoamericanidad.

Habrà que considerar su permanente alertar conciencias sobre la acción engendradora de dominación y hegemonía sobre México del capital de Estados Unidos, sobre el uso indebido de los recursos estatales en favor de los grupos monopolistas internos subordinados a aquél y los peligros del endeudamiento externo; su convicción, como Martí, de ser “parte del mundo y no una parte del mundo contra otra”, premonitoria de la situación de ahora que, dígame lo que se diga, nos ata el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) con Canadá y Estados Unidos, y de la necesidad de una integración latinoamericana independiente; su incansable llamado a la organización del pueblo, posiciones que Cárdenas sostuvo hasta su

⁸ El autor considera las diferencias sustanciales, en México y el mundo, entre las realidades de hoy y las de los años treinta y posteriores, en dos muy distintas situaciones históricas, en su ensayo, escrito a propósito de la efemérides cardenista, “¿Qué proyecto de nación?”, para un próximo número de la revista *Desdeldiez*, que publica el Centro de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A. C.

postrer momento.⁹ En fin, aunque todo cambió y es ahora mucho más grande y complejo, en un México que desde el gobierno de Cárdenas casi quintuplicó su población, mucho hay que aprender y aplicar, creadora y dialécticamente, de sus concepciones y de la experiencia de economía mixta de aquellos tiempos, con un gobierno que sepa descansar en las mayorías y promover su activa participación.

El espacio —y el tiempo— no me permiten abundar sobre este trascendente tema. Sólo señalo, por último, que si bien la construcción de la estrategia alternativa de desarrollo reclama el más serio esfuerzo de académicos, técnicos y luchadores sociales, la condición fundamental se dirime en otra parte: “*La organización obrera, lo mismo que la campesina son indispensables para que en el país se cumplan las leyes*”, señalaba Cárdenas el Presidente.

No basta [...] con la buena voluntad de los funcionarios públicos ni con los mandamientos contenidos en la legislación que nos rige. Hay necesidad de una fuerza superior, que no puede ser otra que la de los trabajadores organizados, concurra para vencer las resistencias que desgraciadamente se oponen al mejoramiento económico de nuestro pueblo.¹⁰

Deslindar del neoliberalismo en esta época de *transnacionalización globalizadora* que plantea inevitables exigencias, definir y concretar la alternativa, y construir esa “fuerza superior”, son urgentes desafíos en 1995, en “este siglo que ha visto cosas extraordinarias”, a los cien años del natalicio de Lázaro Cárdenas, a los 55 de la conclusión de su mandato presidencial y a los 25 de su muerte, son desafíos de la hora.

9 Cf. su extraordinario “Mensaje Póstumo —inconcluso— a las Fuerzas Revolucionarias de México”, conocido como su testamento político, que se proponía difundir el 20 de noviembre de 1970, en los 60 años del inicio de la Revolución Mexicana, y que no pudo ya concluir al ser sorprendido por la muerte cinco semanas antes. *Palabras y documentos públicos de Lázaro Cárdenas ...*, op. cit., Vol. 3, páginas finales.

10 “Discurso del Presidente de la República ante la Asamblea de Unificación Campesina. Guadalajara, Jal., 1 de marzo de 1936”, *ibid.*, Vol. 1, p. 197.